

Poblaciones, aldeas y enterramientos en el Valle de Colima. Algunas observaciones sobre el patrón funerario a través de la colección Peralta

Bertha Alicia Flores Hernández*

ISSN: 2007-6851

p. 116-p. 134

Fecha de recepción del artículo: octubre de 2019

Fecha de aceptación: febrero de 2020

Título del artículo en inglés: *Populations, villages and burials in the Colima Valley. Some observations on the funerary pattern through the Peralta collection.*

Resumen

Entre las intervenciones arqueológicas y su subsecuente análisis antropofísico, en Colima destaca el rescate Peralta, contexto ubicado al suroeste de la Villa de Álvarez, cerca de la capital del estado. Los datos aportados por las variables biológicas (edad, sexo, rasgos dentales y epigenéticos, marcas de actividad, patologías y ejemplares faunísticos) y bioculturales (modelado craneal y herramientas en hueso), permitieron observar los cambios y continuidades del patrón funerario en el Valle de Colima entre el 500 y el 750 d.C.

Palabras clave: patrón funerario, estructura demográfica, actividad, patologías.

Abstract

Among the archaeological interventions and their subsequent anthropophysical analysis, in Colima the Peralta rescue stands out located southwest of Villa de Álvarez, near the state capital. The data provided by biological variables (age, sex, dental and epigenetic traits, activity marks, pathologies and faunal specimens) and biocultural variables (cranial modelling and bone tools) allowed us to observe the changes and continuities of the burial patterns in the Colima Valley between 500 and 750 AD.

Keywords: *burial patterns, demographic structure, activity, pathologies.*

*Centro INAH Tlaxcala (af_amli@yahoo.com.mx).

El Valle de Colima y sus contextos funerarios

El estado de Colima alberga áreas costeras, valles y vertientes montañosas. Las sociedades que se establecieron desde dos milenios antes de la era cristiana dejaron su impronta en los remanentes de estructuras, objetos cotidianos, suntuarios, oferentes y los restos óseos y dentales de humanos y animales que, al presente, informan sobre esta variabilidad poblacional y el aprovechamiento de los recursos del medio. Como parte del área cultural de Occidente, aloja complejos que participaron de los contactos entre el norte y sur a través de las tierras bajas del litoral del Pacífico y las zonas altas tropicales, cuyas lagunas costeras y manglares fueron habitados desde épocas tempranas, mientras que las zonas de drenaje fluvial estuvieron densamente pobladas por grandes comunidades agrícolas (West, 1964: 40).

En el área de Colima-Jalisco se logró la simbiosis entre los sistemas de regadío y el desarrollo de los centros urbanos con mayor infraestructura o pre-urbanos, como las aldeas (Palerm y Wolf, 1972: 181). El sistema de drenaje del río Armería dividió las tierras, entre los volcanes y hacia la costa en dos secciones, y al ser alimentado por tributarios (como los ríos Colima, Comala y Algodonal) formó un eje fundamental para el desarrollo de Colima, impulsando contactos desde regiones septentrionales como el Bajío que se habrían integrado biológica y socialmente con las poblaciones establecidas previamente. Estos procesos caracterizados en la periodificación establecida por Isabel Kelly, se concatenan con los patrones de enterramiento de alguna de las siete fases del desarrollo cultural: Capacha, Ortices, Comala, Colima, Armería, Chanal y Periquillo, que se engloban en la secuenciación general para Mesoamérica. Con esto, el devenir de dicha área abarca desde el año 1870 a.C. hasta el 1600 d.C. (Kelly, 1980: 1).

De acuerdo con la lingüística, el poblamiento del área es relativamente reciente, siendo plausible que a partir de un mismo tronco y por la fragmentación geográfica algunos grupos se hayan diversificado (Beeckman, 1996: 259). En tanto que el influjo del náhuatl desde el norte y hacia el centro de Mesoamérica, pese a ser más tardío, favoreció su difusión para hacer de este idioma el común en varias regiones al sur de los volcanes, que todavía hoy día perviven alocuciones nahuas en Xilosuchitlán, Ixtlahuacan y Tamala (Barlow, 1995: 13).

Aunado a ello, los procesos simbólicos en torno a un entierro tienen matices pre y postsepulcrales que se han documentado para el desarrollo prehispánico del Valle de Colima. Pese a la unicidad entre las subregiones de Occidente, esta práctica constituida en un proceso de larga duración, tiene rasgos e inferencias procesuales. Las características que favorecieron aldeas o sociedades más estructuradas –entre ellas la concepción sobre vida y muerte– y las disposiciones para el enterramiento de hombres, mujeres y niños comenzaron a asentarse desde el segundo milenio antes de Cristo. Al respecto, la información obtenida en el rescate efectuado en Peralta denotaría sus ámbitos espacial y temporal, así como sus vínculos sociales a través de la posible concatenación biológica.

De igual forma que con estas poblaciones y respecto a los cometidos culturales, ya desde la fase Capacha se establecería la costumbre de la ofrenda mortuoria compuesta por ollas acincuradas e incisas, vasijas con asa de estribo y trífidos, las cuales continuaron siendo utilizadas en las sucesivas ocupaciones en donde los entierros eran agrupados en pequeños cementerios. Respecto a los restos óseos, debido al saqueo y preponderar a la ofrenda cerámica es que éstos habrían sido destruidos por carecer de valor comercial (Salas, 2017: 20).

En la fase Ortices (500 a. C. al 100 d. C.), la población concentrada en el valle de Colima y de Coahuayana forjó figuras huecas en barro e inició la construcción de las tumbas de tiro.

La fase Comala –del 100 al 500 de nuestra era– corresponde al apogeo de las tumbas de tiro, en cuyo final hubo influencias del periodo Clásico mesoamericano central (Kelly, 1980). De acuerdo con Otto Schöndube, para las fases Ortices y Comala, además de la arquitectura funeraria, los entierros develan un ritual plenamente organizado con el individuo inhumado, acompañantes, ofrendas materiales y, en algunos casos, una ocupación sucesiva (Schöndube, 1980: 180-184), aunque los restos óseos “no han sido objeto de estudios que permitan establecer más variantes en cuanto a las relaciones biológicas entre los ocupantes de estas tumbas” (Salas, 2017: 22).

La fase Colima (500 al 750 d. C.), caracterizada por los asentamientos con plazas en torno a un montículo artificial, continuaría la tradición Comala; el culto funerario se trasladaría de las estructuras subterráneas con cámara y tiro a inhumaciones en espacios al exterior como las plazas y templos (Salas, 2017: 24). Influencias transmitidas desde Teotihuacán hicieron de Colima un corredor hacia Jalisco, Nayarit y Sinaloa (Kelly, 1980: 6-7). Las figurillas continuaron siendo depositadas en las tumbas reocupadas y este fenómeno, conocido como mesoamericanización, fue un cambio propiciado por las redes comerciales a larga distancia (Almendros y González, 2009: 144).

Para la fase Armería (de 750 a 1100 d. C.), las tumbas de bóveda y tiro habían caído en desuso, los sitios se distinguieron por su disposición defensiva y por la presencia de plataformas bajas. Habría relaciones con elementos del Altiplano central –en específico con las manifestaciones Mazapa–, además de contactos con Jalisco, Nayarit y Michoacán (Kelly, 1980: 10). Con los enterramientos efectuados en las plazas, también se introdujo en el Valle de Colima la estructura denominada “cista”, la cual corresponde a una estructura rectangular definida con elementos pétreos en donde se depositaron a uno o más individuos acompañados, en ocasiones, por otra inhumación secundaria.

Peralta y sus contextos funerarios

La conducta social reúne elementos estáticos y materiales en torno a las prácticas mortuorias, lo cual permite interpretar su intencionalidad y disposición. Para el Valle de Colima, la recuperación del pasado a través de la arqueología ante la expansión urbana implicó que, desde el 2004, el Centro INAH Colima iniciara una sistematización para interpretar tales procesos con la integración de

arqueólogos que, además de las labores de campo, acometieran el análisis e informe técnico, lo que aminoró la acumulación de materiales culturales y óseos sin intervenciones posteriores (Olay, 2016: 44). Si bien desde la antropología física se cuenta con escasas publicaciones sobre esta área, uno de los primeros trabajos que la abordan de manera holística fue el Rescate Arqueológico Peralta (2005), cuyos resultados obtendrían parte de las expresiones particulares y tradiciones que iniciaron en la fase Ortices-Comalay, y se diversificaron en la fase Colima, finalizando su ocupación en la fase Armería.

El rescate de Peralta estuvo a cargo del arqueólogo Jaime Aguilar Rodríguez y abarcó un terreno de aproximadamente 10 hectáreas que, con el cambio en el uso del suelo, ahora son inmuebles oficinas de servicios y fraccionamientos como La Joya y Sendero Rancho Blanco; con el trazo de la avenida Pablo Silva García varios contextos se alteraron.

El espacio se exploró mediante pozos adecuados a la geomorfología: el predio 1 contó con tres unidades y hubo dos en el predio 2. Todos los entierros, cerámica y lítica se localizaron en la unidad 2 del predio 1, aunque debido a factores geológicos, de composición del suelo y acciones humanas, se recuperaron sumamente fragmentados (Aguilar, 2011). Por las características de los elementos arquitectónicos se le consideraría una aldea que aprovechó un cauce cercano de agua para su abasto: en sus lindes definidas por montículos se efectuaron los enterramientos, algunos con elementos oferentes y otros mismos fueron las ofrendas que “suelen ser testimonios materiales indirectos que remiten a rituales destinados a *preparar* o *sellar* el evento mortuario”¹ (Olay y Aguilar, 2008: 2).

De acuerdo con los datos obtenidos en campo y laboratorio, los contextos mostraron un aprovechamiento del entorno y la adaptación social a espacios. Estructuras y materiales previamente ocupados develaron esta continuidad en la memoria colectiva y el afianzamiento de un largo devenir en cuanto al ceremonial de los hombres y para los hombres después de la vida.

Fase cultural	Entierro	Individuo	Características del entierro	Sexo o grupo poblacional	Rango de edad	Observaciones
Colima	1	1	Directo, individual y en decúbito ventral extendido.	Masculino	30 a 35 años	Asociados a una concentración de piedras.
Colima	2	2	Directo, individual y en decúbito lateral derecho.	Infantil	8 a 10 años	
Armería	3	3	Secundario e individual.	Femenino	20 a 25 años	Dentro de un amasado de lodo, junto a una concentración de piedras.

1. Cursivas en el original.

Fase cultural	Entierro	Individuo	Características del entierro	Sexo o grupo poblacional	Rango de edad	Observaciones	
Colima	4-A	4	Directo y secundario.	Femenino	25 a 30 años		
	4-B	5		Masculino	30 a 35 años		
Colima	5-A	6	Indirecto, señalado por un muro de adobe y un metate y olla como marcadores (ofrenda 1); secundario.	Femenino	20 a 25 años	Con un cajete asociado directamente al individuo dos.	
	5-B	7		Masculino	30 a 35 años		
	5-C	8		Femenino	25 a 30 años		
Ortices-Comala	6-1 (A)	9	Directo, con un individuo en decúbito dorsal extendido y otro secundario.	Masculino	25 a 30 años	Con una vasija estilo "plato" volador como marcador en general de todo el entierro 6 y la ofrenda 3 a estos entierros (dos metates "matados").	
	6-1 (B)	10		Masculino	25 a 30 años		
	6-2 (A)	11	Directo y secundario, cerca de una concentración de piedras.	Infantil	22 a 28 meses		
	6-2 (B)	12		Masculino	25 a 30 años		
	6-2 (C)	13		Femenino	20 a 25 años		
	6-3	14	Directo, bajo la ofrenda (cajete trípode y dos metates), puesto en decúbito lateral derecho.	Femenino	25 a 30 años		Con una olla globular y dos cajetes (uno trípode y otro de silueta compuesta).
	6-4	15	Directo y secundario.	Femenino	30 a 35 años		Con una placa de jadeíta con perforación y compartiendo las ofrendas 5 y 6 con el entierro 6-5.
	6-5 (A)	16	Directo, uno en decúbito lateral derecho y otro secundario.	Femenino	30 a 35 años		Ofrenda 5: dos metates, dos cajetes, olla fitomorfa, un cajete con cinco figurillas y una sonaja. Ofrenda 6: olla globular.
	6-5 (B)	17		Masculino	30 a 35 años		
	Ortices-Comala	7-1	18	Directos, ambos en decúbito dorsal extendido.	Masculino		30 a 35 años

Fase cultural	Entierro	Individuo	Características del entierro	Sexo o grupo poblacional	Rango de edad	Observaciones
	7-2	19		Masculino	30 a 35 años	
Ortices-Comala	8-1	20	Directos, los tres en decúbito dorsal extendido.	Masculino	25 a 30 años	Con cinco ollas globulares, cuatro cajetes y una figura antropomorfa sedente.
	8-2	21		Masculino	30 a 35 años	
	8-3	22		Masculino	30 a 35 años	Con un cajete.
	9-A	23		Indirecto, bajo un marcador de piedras y tres metates, un individuo en decúbito ventral extendido y otro secundario.	Femenino	25 a 30 años
9-B	24	Masculino	30 a 35 años			
Colima	1	25	Inhumación individual y secundaria.	Masculino	30 a 35 años	Con olla de silueta compuesta y un plato.
Armería	1-A	26	Considerado como ofrenda.	Femenino	35 a 40 años	Con un metate, un plato trípode y una figura antropomorfa jorobada.
	1-B	27	Considerado como ofrenda.	Femenino	25 a 30 años	Con olla de silueta compuesta y tres orejeras.
	1-C	28	Considerado como ofrenda	Femenino	25 a 30 años	Tres vasijas zoomorfas, dos ollas, una figura antropomorfa y un vaso zoomorfo.

Tabla 1. Estructura de la colección Peralta por entierro, sexo, edad. **Fuente:** elaboración propia a partir de la colección Peralta, 2010.

Puesto que el tamaño de la muestra es reducido para considerarlo un referente de las costumbres mortuorias, sólo se acotarán las particularizaciones de este espacio dentro de las tradiciones funerarias en las fases Ortices a Armería. Estos entierros primarios y secundarios fueron depositados en un amasado de lodo dentro de someras oquedades cavadas en el tepetate. En el

caso de los entierros 3 y 5 fueron dispuestos cerca de un conjunto de piedra y un muro de adobe, respectivamente, cuyas ofrendas serían formas de enterramiento que dispuso del cuerpo humano dentro de la dualidad vida/muerte.

Por clase, los entierros primarios fueron 11 y 4 secundarios (constando de extremidades superiores e inferiores, y caja torácica); los señalados en el cuadro como individuos 3 a 8, además de los individuos 10 al 13, 15 y 17, el individuo 25 y los considerados como ofrenda que correspondieron a los individuos 26 a 28 y que corresponden a sujetos femeninos. También están incluidos un cráneo y sus vértebras cervicales, entierro 6-4 (individuo 15) y el entierro 5c (individuo 8), que fueron los casos particulares del depósito de este segmento.

De esta colección de 28 individuos, 16 correspondieron a la fase Ortices-Comala, 8 para la fase Colima y 4 de la fase Armería. Los entierros colectivos contabilizaron 24 casos y hubo 4 inhumaciones individuales; los entierros 1 y 2 fueron un depósito primario sucesivo con diferencias al momento de enterrarlos; el acomodo de los cuerpos efectuado en un mismo ceremonial ocurrió con los entierros 7 y 8 (primarios de la fase Ortices-Comala); los entierros 4 y 5 (secundarios de la fase Colima) y la ofrenda de la fase Armería. Los contextos sucesivos mixtos (primarios y secundarios) fueron los entierros 6 y a clase secundaria registrada en 17 individuos se debió a una intencionalidad del evento mortuorio y no a efectos tafonómicos. Con ello, los segmentos se colocaron hacia los costados del entierro primario y se agruparon en un depósito colectivo, lo cual permitió su análisis en laboratorio. Si bien factores posteriores a su depósito incidieron en la calidad de su conservación, este manejo de las inhumaciones se ha notado en otra colección con datos disponibles; en El Manchón-La Albarradita, el traslado o selección de un enterramiento previo estarían asociados a una inhumación primaria (Flores, 2016).

En Peralta, estas premisas se hallaron para la fase Ortices-Comala, donde los entierros 6 y 9 mostraron esta agrupación entre la clase secundaria del depósito, con siete casos, compartiendo el espacio con 11 primarios, todos ellos en enterramientos colectivos. Para la fase Colima hubo inhumaciones individuales; el caso de los entierros primarios 1 y 2, y el entierro 1 secundario, que corresponden a los individuos 1, 2 y 25 con una ofrenda cerámica. Los entierros secundarios 4 y 5 fueron múltiples y estuvieron conformados por 5 individuos, mientras que el entierro 3 de la fase Armería fue individual: hubo tres casos más agrupados en una ofrenda y todos fueron depósitos secundarios. Si bien el registro óseo sería a menudo de huesos largos y costillas, hubo cinco casos donde se colocó el cráneo (uno de ellos con las vértebras cervicales) puesto sobre su costado derecho, lo que informa sobre particularidades en cuanto al tratamiento mortuorio para los depósitos secundarios.

Ya en 1980, Isabel Kelly había apuntado a la disposición extendida de los individuos en cuanto a la clase primaria del depósito, y esto se observaría en Peralta, donde los contextos corresponderían a las etapas de ocupación dentro de la tradición clásica del área de Colima. Fue frecuente la orientación del cuerpo en el eje E-W (cabeza-pies), con el cráneo hacia el sureste y

el cuerpo hacia el noroeste (Aguilar, 2011). En las posiciones de enterramiento, para la fase Ortices-Comala predominó la colocación en decúbito dorsal con seis casos (individuos 9, 18, 19, 20, 21 y 22), 2 individuos en decúbito lateral derecho (individuos 14 y 16), además de uno en decúbito ventral (individuo 23). Para la fase Colima, el individuo 1 se dispuso en decúbito ventral y el individuo 2 en su costado derecho. Respecto a diferencias en cuanto a su posición y en correlación con la edad y sexo, por las limitaciones de espacio del presente escrito es que tal observación no podría abordarse de una forma más detallada.

Como las variantes en el acomodo del cuerpo, la colocación de piezas cerámicas y líticas como parte del ajuar funerario fueron reocupando elementos de la fase Capacha. Con ello, los cajetes, ollas, la maqueta y la sonaja, la placa de jadeíta en las vértebras cervicales del individuo 15, figurillas y metates abarcarían desde el 500 a. C. al 650 d. C., práctica que se ha documentado en otros sitios del Valle de Colima. La acción del entierro y los espacios en que se llevaría a cabo, aunado a las ofrendas materiales, habrían incidido afectivamente en la ideología de los pueblos o aldeas de cada fase cultural; el haber colocado varios individuos conformando una sola inhumación es quizá un indicativo del simbolismo mediado por lazos biológicos con lo que en esta práctica funeraria están integrados hombres, mujeres y niños.

Además del patrón funerario para acercarnos al fenómeno biológico y social de la mortalidad, datos biológicos como la actividad, el estado de salud-enfermedad y modificaciones al cuerpo humano –*ante mortem* y *post mortem*– permitieron discernir una parte de las expresiones del contacto entre los grupos humanos de esta área. Con ello, el análisis antropofísico aplicó los estándares en huesos y dientes para estimar la edad y sexo (Buikstra y Ubelaker, 1994; Meindl y Lovejoy, 1985). Así, la estructura demográfica en la colección Peralta estuvo integrada por 28 sujetos en 11 entierros, con 12 individuos femeninos, 14 masculinos y 2 infantes; uno fue el individuo 11, de la primera infancia –de 2 años de edad aproximadamente– y el individuo 2 al que se le estimó en la tercera infancia, con una edad de entre 7 y 8 años.

La edad y el sexo informan sobre la esperanza de vida y cómo el lugar de enterramiento refleja la estructura de una población. En Peralta habría una diferenciación en sus diversas ocupaciones, puesto que el momento cultural de los entierros mantuvo una continuidad que formó un sistema con ceremoniales para la inhumación. En la fase Ortices-Comala se dio la convivencia de depósitos colectivos de hombres, mujeres y niños que reflejaría el afianzamiento de una estructura al interior de la población. Ya para la fase Colima, básicamente los entierros fueron colocados diferenciándose entre ellos, aun en los múltiples que demográficamente mantienen esa constante de agrupar adultos e infantes. La ocupación de la fase Armería finalizó con casos de adultos, con un entierro masculino y el que se considera ofrenda, que está compuesta por 3 individuos femeninos.

En la estructura mediante la estimación de edad, 24 casos se ubicaron dentro del rango adulto joven que comprende de los 21 a 35 años; respecto a la composición generacional, hubo dos casos en el primer decenio de vida, 0 casos entre los 10 y 20 años. De los 20 y hasta los

40 años, la mortandad corresponde a los intervalos generales para Mesoamérica. En la comparación, mediante decenios no hubo diferencia entre los 20 y 30 años, y entre 30 y 40 años, pero en su cuantificación mediante el sexo, para el primer rango fueron más casos en mujeres, y entre los 30 y 40 años abundaron los entierros masculinos. Con ello, no están representados los periodos intermedios que reflejan el crecimiento demográfico, si bien esta composición estaría mediada por costumbres y sitios de enterramiento.

La estimación de la estatura es indicador de las circunstancias del crecimiento; con los datos obtenidos se consultó el trabajo de Javier Romero Molina, el cual se considera obsoleto por haberse publicado en 1952 pero aún brinda referentes sobre la biotipología. La talla se obtuvo en el individuo 1 con un valor de 1.66 metros (fase Colima) y en el individuo 18 (fase Comala) fue de 1.725 metros; en el individuo 16 resultó en 1.60 metros (fase Comala) para casos femeninos, mientras el promedio de 1.6925 metros para los hombres corresponde al rango de estatura media e indica una variabilidad con cifras para el norte de México en grupos como pimas, pápagos y yaquis. Aunque el valle de Colima no está reportado para las áreas cercanas, se cuenta con referencias de los tepecanos de Asqueltan, Jalisco, con una talla de 1.602 metros; de los tarascos de Michoacán con un promedio de 1.6225 metros; de los huicholes de Jalisco con 1.634 metros; de los coras de Nayarit con 1.641 metros y de los nahuas de Jalisco con una altura de 1.643 metros (Romero, 1952: 230), valores que están en el rango de estatura “inferior a la media” y “media”, y son cercanos a los obtenidos en la colección Peralta.

Otras adaptaciones al medio se expresan en dientes y huesos. Así, los incisivos en pala se registran en poblaciones americanas y en grupos de origen mongoloide como amerindios e inuit, entre los que son más frecuentes (Kimura *et al.*, 2009: 530); en Peralta se observaron diez casos (2 infantes, 4 femeninos y 4 masculinos). Por su composición múltiple, en los entierros 5, 6 y 7 se notaron rasgos que dan cuenta de la diversidad para las fases Ortices-Comala y Colima. Con ello, en el individuo 16 se observó el cingulum-tubérculo dentario en el incisivo lateral superior- (Pompa, 1990: 20; Moreno y Moreno, 2017: 6), mientras que las perlas de esmalte se deben a cambios en el ritmo de la amelogénesis y ocasionan que este tejido se acumule fuera de la corona (Soto *et al.*, 2010: 2). En los individuos 9 y 7 se hallaron en el incisivo central superior derecho y en el tercer molar superior izquierdo, respectivamente.

En el individuo 9 se observó una variante en la forma y tamaño del incisivo central izquierdo respecto a la pieza del lado derecho, desplazando al canino que brotó entre los premolares. En mandíbula hubo una superposición de incisivos izquierdos, además de la ausencia congénita de los terceros molares en maxilar, rasgo que también se registró en los individuos 12, 20, 26 y 25 de la fase Colima, siendo una constante el poco espacio retromolar, lo que hace pensar que no se trata de una atrofia y abarca de la ocupación Ortices-Comala a la Armería. El individuo 4 presentó el rasgo protostilido, una cúspide extra en la superficie mesiobucal de los molares inferiores, cuya frecuencia es muy alta entre los grupos mongoloides, incluyendo a los amerindios e inuit (Pompa, 1990: 44).

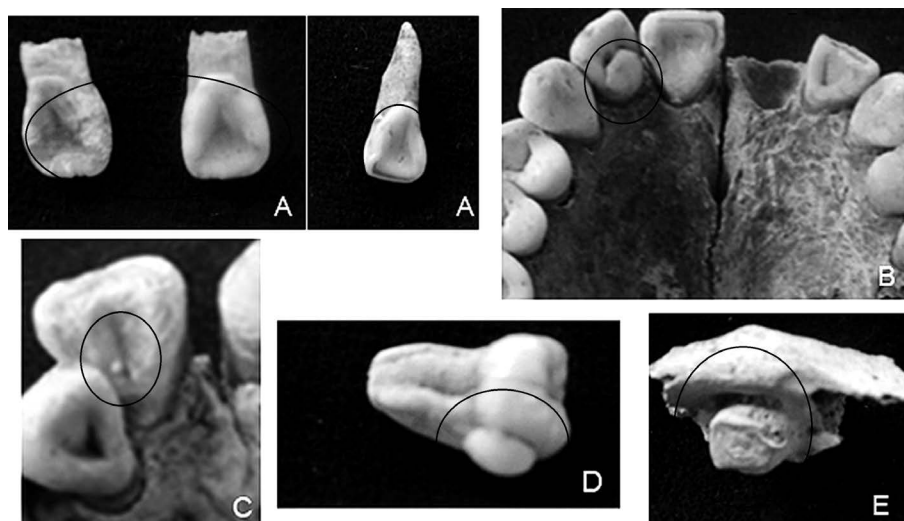


Figura 1. A: incisivos en pala, individuos 2 y 14; B: cingulum en incisivo lateral derecho, individuo 16; C: perla de esmalte en incisivo central superior derecho, individuo 9; D: rasgo protostílido en tercer molar inferior, individuo 5; E: primera y segunda vértebras cervicales, individuo 15. **Fotografía** © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Los rasgos epigenéticos cambian con la edad y los hubo en cráneo y frontal (supraorbitario), observándose en adultos y el segundo también en el individuo 2; el foramen parietal se notó en el individuo 28 y en el 7 (en ambos lados de la sutura sagital) con doble orificio sobre la órbita ocular izquierda. Ambos agujeros se presentaron en el individuo 9 con el supraorbitario de los dos lados y en el individuo 16 cuyo húmero tuvo la perforación en el olécranon que también estuvo en los individuos 7 y 17; en el individuo 15 habría foramen parietal y supraorbitario, con el segundo de tipo múltiple (dos del lado derecho y uno del izquierdo). Otro rasgo de esta mujer fue la fusión de las primeras dos vértebras cervicales que suele indicar el síndrome de Klippel-Feil –con implicaciones congénitas y hereditarias–; el agujero parietal se halló en los individuos 12 y 25; del agujero supraorbitario, los casos adultos estuvieron en los individuos 8 y 18, y en este último se percibiría una sinostosis prematura.

Por las marcas de actividad en los huesos pueden inferirse los modelos de dinámica, hábitos y prácticas culturales. La eversión gonial en mandíbula resultado de cargar objetos sobre la espalda, ejerciendo una tensión facial sobre los músculos platisma y masetero (Lai y Lowell, 1992: 229), se relaciona con el uso del mecapal, tan común debido a las actividades económicas de Mesoamérica y que va en conjunto con la impresión en atlas y axis (Merbs y Euler, 1985: 386), así como los nódulos de Schmorl, dado que la flexión-extensión del cuello y el porteo sobre la espalda dejan una impronta en las vértebras –sobre todo dorsales y lumbares–. Aunado a ello, la entesopatía del fémur denota la extensión y estabilización de la cadera para mantener la postura erguida cuando se camina y transporta de carga (Capasso, Kennedy y Wilczak, 1999: 40 y 119). Esto se registraría en conjunto para la muestra femenina, observándose en los individuos 3, 4, 13 y 16, además de casos masculinos en los individuos 1, 7, 9, 17, 18 y 20.



Figura 2. Marcas de actividad: A: en mandíbula, individuo 7; B: en atlas y axis, individuo 9; C: en húmero, individuo 1; D: en clavículas, individuo 17. Fotografía © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Otras actividades se relacionan con la siembra y con la cosecha. Se interpretaron mediante la marca del pectoral mayor y tuberosidad deltoidea en la clavícula y húmero debido a la circunducción del brazo por arriba de la cabeza, mientras el húmero está en abducción, con cambios en la cabeza del cúbito –abarcando el bíceps brachii y el pronador– que son resultado del estrés durante la rotación en el codo, la pronación del antebrazo y el movimiento en tronco y cadera, además de la estabilización de hombros incidiendo en la sindesmosis de la clavícula (Capasso, Kennedy y Wilczak, 1999). Se hallarían en individuos femeninos con los individuos 3, 4, 6, 13, 14, 16 y 26, así como en los casos masculinos de los individuos 1, 5, 7, 9, 12, 17, 18 y 20.

Otro rango corresponde a las distintas posiciones de la mano y brazos, como ocurre con las falanges de la mano ocasionando la hipertrofia de sus ligamentos (Lai y Lowell, 1992: 225) al sujetar objetos como la mano del metate o instrumentos para el hilado –en el caso de las mujeres–. En tanto, para la población masculina se relaciona con la sujeción de implementos para el arado, mientras la entesopatía patelar en la rótula se debe al efecto sobre el tendón distal del cuadriceps, denotando una postura en cuclillas (Capasso, Kennedy y Wilczak, 1999: 121). Se observarían en un caso femenino, el individuo 14 y en cinco masculinos, los individuos 5, 7, 12, 21 y 22.

En cuanto a la dinámica de estas poblaciones tanto en adaptación como en condiciones de vida, los huesos y dientes proveyeron de datos sobre su salud.

Padecimiento	Grupo poblacional		
	Infantil	Femenino	Masculino
Indicadores de ingesta en dientes	1	10	14
Hábitos bucales	2	11	16
Patologías en maxilar y mandíbula		6	12

Padecimiento	Grupo poblacional		
	Infantil	Femenino	Masculino
Afecciones metabólicas	2	12	15
Artropatías		8	3
Procesos infecciosos	1	11	15
Condiciones traumáticas		1	1

Tabla 2. Padecimientos en dientes y huesos, colección Peralta. **Fuente:** elaboración propia a partir de la colección Peralta, 2010.

De los padecimientos relacionados con la calidad de la alimentación se identificó a la caries favorecida por una dieta a base de carbohidratos, y el sarro propiciado por una mayor ingesta de sustancias proteínicas. Además de las reacciones químicas, otros factores que inciden en su aparición son los malos hábitos de higiene, la limpieza derivada de la masticación y los propios movimientos de lengua y labios (Langsjoen, 1998: 403). En Peralta abundó el sarro (con 17 casos) indicando una dieta compuesta principalmente por alimentos de origen animal, mientras que en el caso de la caries hubo desde la que incidió directamente en el cuello del diente como en las coronas, afectando sobre todo a molares y se presentó en ocho casos adultos. En este sentido, tuvo más incidencia entre los hombres y, en conjunto, estos padecimientos abarcarían tanto al maxilar como a la mandíbula.

En los padecimientos por hábitos bucales, la atrición indica una masticación normal e involucra la posición y calidad del diente, factores genéticos y oclusión dental; es uno de los cambios regresivos asociados con la fisiología de la edad (Langsjoen, 1998: 398). En Peralta se hallaron 16 casos, sin una predominancia demográfica, al igual que la abrasión, que es el desgaste intenso de las coronas dentales que en este contexto puede atribuirse a las partículas abrasivas que desprenden los utensilios de molienda. Esta afección se presentó en 13 individuos y fue más común en molares.

La periodontitis en maxilar o mandíbula es la reacción ante agentes inflamatorios por falta de vitamina C, sarro, caries, factores hereditarios y psicossomáticos (Langsjoen, 1998: 400); la patología periodontal se presentó en once casos, mientras que la reabsorción alveolar se halló en 7 individuos y fue más frecuente en individuos masculinos; los molares y premolares e incisivos fueron las piezas más afectadas.

La hipoplasia del esmalte es causada por factores hereditarios y ambientales, infecciones, intoxicaciones y traumatismos; escasa acumulación de calcio por deficiencias de vitaminas A, C, D en los periodos de erupción dental. Se considera una ventana biológica para observar el estrés metabólico (Buikstra y Ubelaker, 1994: 56; Langsjoen, 1998: 407) y se presentarían ocho casos, sobre todo en mujeres y en el individuo 2 (infantil), afectando a los incisivos. La hiperostosis porótica se relaciona con la anemia hemolítica y la ferropénica (Stuart-Macadam, 1991: 37); se presentó en 16 casos con gran incidencia en individuos masculinos, lo que posiblemente apunte a factores de

riesgo de este grupo poblacional. Por último, la cribra orbitalia se asocia con la anemia ferropénica, avitaminosis A, C y D, la talasemia, parasitosis y enfermedades degenerativas, develando en infantes y jóvenes una marca más sensible al medio ambiente (Aufderheide y Rodríguez, 1998: 350). Se observó en cinco casos, con más presencia en mujeres y en el individuo 2.

De las artropatías se registraron la espondiloartropatía, que ocasiona la formación de hueso nuevo en regiones no articulares (Rothschild y Woods, 1991: 125), afectando sobre todo las últimas vértebras dorsales y las primeras lumbares, con presencia en seis casos y con más presencia en individuos femeninos. En tanto, la osteofitosis, como indicadora de la degeneración intervertebral por traumatismos y sobrecargas cotidianas, se evalúa por la exostosis del cuerpo vertebral, como en las cervicales de individuo 9, dorsales con el individuo 7 y lumbares en el individuo 16; dos masculinos y uno femenino, respectivamente. En estos dos últimos individuos también se padeció la artritis reumatoide que afecta de manera bilateral y es una reacción del tejido conectivo por causas ocupacionales, genéticas y endocrinas (Aufderheide y Rodríguez, 1998: 101); en los casos detallados, las edades comprendieron de los 21 a 35 años, registrándose en escápulas, huesos de la mano e ilíacos.

Los procesos infecciosos alteran la morfología del hueso por los cambios celulares de vasodilatación y exudación ante los gérmenes patógenos; de ellos, la periostitis se debe a factores externos, internos y enfermedades (Aufderheide y Rodríguez, 1998: 179). Fue el padecimiento más común con 22 casos afectando tanto en brazos como piernas y sin un predominio por sexo; los factores para su presencia se imbrican con variables sociales (actividad, división del trabajo y grupo poblacional); mientras que la osteomielitis que resulta de fracturas y heridas que favorecen la intrusión de microorganismos hacia el canal medular (Aufderheide y Rodríguez, 1998: 172), se presentó en cinco casos y sólo afectó la extremidad inferior –fémur y tibia–, siendo más frecuente en individuos masculinos. Los golpes que dejan evidencia en huesos y dientes reflejan la asistencia social. En el caso del individuo 16, el incisivo lateral superior izquierdo presentó una percusión sobre su cara anterior que ocasionaría una periodontitis, y con el individuo 18 con una fractura en las costillas 7 y 8 derechas.

En el contexto general del entierro 6 hubo dos ejemplares de hueso animal que informan acerca de la relación hombre-medio. En ambos casos fue un traslado de los segmentos en estado árido. El entierro 6-3 se localizó un fragmento del coracoides (hueso que compone junto con la escápula a la espaldilla) de un cánido. La especie más conocida del perro doméstico en América (*Canis familiaris*) es el *xoloitzcuintli*, de amplia tradición en Mesoamérica y que compartió con el humano los espacios para la vida y la muerte, como se ha denotado con el simbolismo de este animal en las antiguas sociedades de Colima. Mientras que una hemimandíbula izquierda de cacomixtle, tepemixtle o gato de maleza (*Bassariscus astutus*) estuvo asociada en sí al entierro 6, inhumación compuesta por tres individuos.

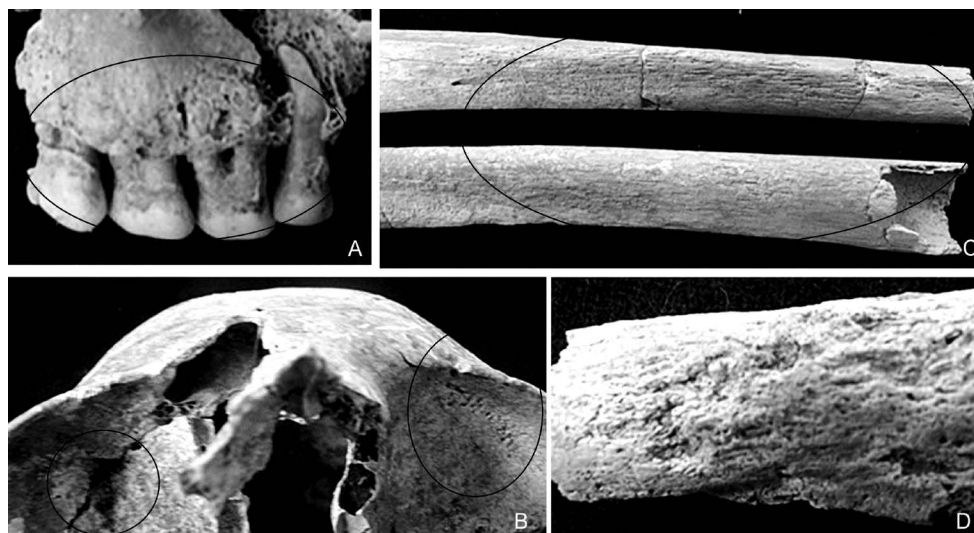


Figura 3. Patologías: A: periodontitis y sarro en maxilar, individuo 7; B: inicios de criba orbitalia en frontal, individuo 17; C: periostitis en tibia y peroné, individuo 3; D: osteomielitis en fémur, individuo 14. **Fotografía** © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Las variables bioculturales permitieron conocer las costumbres y percepción del propio cuerpo humano y el aprovechamiento del medio. La deformación o modelado intencional de la cabeza ha sido interpretada en lo general “para hacer que los individuos parecieran fieros en las guerras o con motivos de embellecimiento, sin descartar un fondo ritual, mítico religioso original y de diferenciación social” (Romano, 1974b: 198), se observaría en nueve casos de individuos adultos. Si bien se llevaba a cabo en la infancia aprovechando la plasticidad del crecimiento craneal, que a los 2 años de edad se detiene en la parte frontal y hasta los 6 años lo hace en la parte basal finalizando tal proceso a los 10 años (Scheuer y Black, 2000: 43). Con ello, la técnica general consistiría en oprimir la cabeza a los pocos meses de vida, aparatos portátiles como las bandas, tablillas y cunas en diversos planos de compresión resultarían en la forma deseada del cráneo.

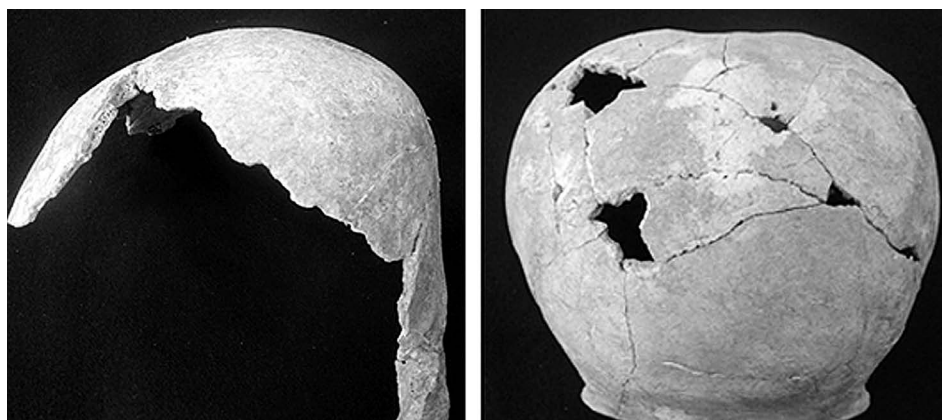


Figura 4. A: deformación craneal en individuo 1; B: deformación craneal en individuo 7. **Fotografía** © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Se observarían casos masculinos con los individuos 5, 7, 12 y 24 y en femeninos fueron los individuos 6, 8, 14, 16 y 28. En general, se tuvo la forma tabular erecta, tanto con el plano frontal o de compresión anterior (que abarca la sutura sagital) logrado mediante una almohadilla colocada entre la cabeza y la tabla, así como el plano occipital que alcanza al occipital al haberse empleado una banda frontal y almohadillas en la nuca.

La mayor parte de los casos tuvieron la variante paralelipípeda (cuatro casos femeninos y tres masculinos) que reflejaría la compresión causada por el aparato hacia los lados, provocando la proyección superior de la cabeza. Tal morfología fue reseñada por los cronistas del siglo XVI como fray Diego de Landa en la zona maya –que es plausible lo fuera a toda Mesoamérica– notando que las madres eran quienes efectuaban la “enmoldada” de la cabeza (Landa, 2003: 81).

De los indicadores de la industria ósea se obtuvieron tres especímenes cuya preparación devino desde la cocción que endureció las trabéculas y facilitarían su manejo; lo subsecuente fue el corte y desgaste para separar la preforma de las partes del hueso no funcionales. En este contexto conservaron al menos una de las epífisis como parte del artefacto, la llamada sección de mantenimiento.

Hubo tres metapodiales de venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*) manufacturados. En el entierro 4 (individuos 4 y 5) se obtuvo una diáfisis con epífisis proximal que corresponde a la sección de mantenimiento, mientras que los otros casos procedieron del conjunto conocido como entierro 6, uno se halló en el individuo 14, donde la parte media y epífisis proximal del hueso tuvo la pérdida de la sección activa, mientras que con el entierro 6 (individuos 16 y 17) la epífisis distal con la diáfisis mostraron la forma ahusada en la sección activa que habrían tenido todos los ejemplares hallados, considerando el ángulo es posible que se tratase de alisadores, los que eran empleados en movimientos unidireccionales para el toque final tanto en pieles como en cerámica (Padró, 2002). Con estos objetos utilitarios se modificaban otras materias primas y eran ocupados en ámbitos domésticos.

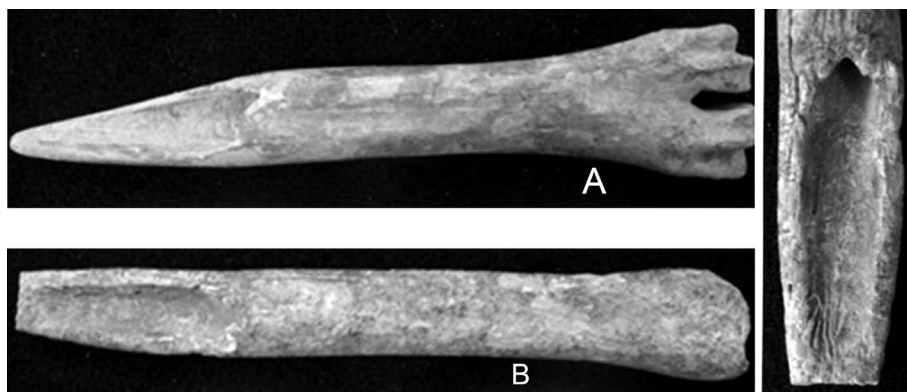


Figura 5. A: alisador elaborado en metapodial de venado, asociado al entierro 6-5; B: alisador manufacturado en metapodial de venado, asociado al entierro 6-3 con detalle de la sección activa. **Fotografía** © Bertha Alicia Flores Hernández, 2010.

Conclusión

Con el enterramiento se concretó una cosmovisión de estas poblaciones; los cambios del entorno hasta su recuperación arqueológica y análisis antropológico indicó que el espacio de Peralta fue habitado en las fases Ortices-Comala, Colima y Armería, y refleja la adaptación de una sociedad variada tanto en la forma de vivir como en la disposición de sus individuos una vez que fallecieron; aunque no es una serie amplia, fue posible obtener datos osteobiográficos. Los valores para la estatura apuntarían a una talla más alta que en otros contextos, como el de El Manchón-La Albarradita donde el valor medio fue de 1.63 metros para los hombres y 1.54 metros en mujeres (Flores, 2016: 144); para el fenotípico, los dientes en pala, perlas de esmalte, el rasgo protostíldo, los forámenes en cráneo y húmero, el *cingulum* y la ausencia del tercer molar han sido rasgos constantes en el Valle de Colima y, junto con la fusión de las vértebras cervicales, puede reflejar redes de parentesco o linajes.

Este punto debe considerarse también desde el sistema de enterramiento y el acceso al espacio mortuorio definido por las normas sociales. Los entierros secundarios “podrían explicarse como enterramientos-ofrenda o servirían como elementos propiciatorios mítico-religiosos” (Romano, 1974a: 91). Acompañando al fallecido en turno habrían sido removidos del lugar original para enlazar a los nuevos ocupantes o reforzar a todos los inhumados. Algo similar ocurrió en la tumba de Huitzilapa, Jalisco, donde hubo casos del síndrome de Klippel-Feil que “da evidencia de parentesco en primer nivel de consanguinidad, demostrando que la tumba sirvió como cripta a un grupo de parientes o miembros de un linaje específico” (López y Ramos, 2002: 59).

El estilo de vida basado en la agricultura, transporte o carga de objetos apunta a que la división del trabajo no fue tajante, pues en el grupo femenino hubo indicadores de labores desempeñadas en el ámbito agrícola e indicarían parte de la dinámica social. Con ello, el cultivo de maíz, chile, frijol y calabaza permitió la vida de estas poblaciones (Olay y Aguilar, 2008: 14) y, de acuerdo con las patologías, hubo un consumo variado de proteínas de origen animal y gramíneas.

Si bien las afecciones metabólicas indicarían que la asimilación de alimentos y el desbalance fueron significativos al afectar la capacidad del sistema inmunitario para resistir algunas infecciones, existió la asistencia social y el conocimiento de medios para aminorar las consecuencias de tales acciones.

Los ejemplares faunísticos dan cuenta de las especies que convivieron con estas sociedades. En esta región, tal práctica comportamental estuvo basada en la caza de especímenes como el venado o la crianza del perro. El perro como acompañante del hombre compartiría sus espacios después de la muerte, mientras que el cacomixtle tiene diversos significados y usos; es apreciado por su piel. Si bien el venado aportaría medios para su consumo, materia prima para la manufac-

tura y participaría de aspectos simbólicos, todo ello reflejaría el aprovechamiento de los recursos naturales desde etapas tempranas.

El modelado craneal como modificación corporal alude a simbolismos sociales. Otro aspecto fue el patrón funerario, cuya conexión cronológico-cultural mostraría la creciente complejización social a partir de aldeas agrícolas, como la de Peralta durante la fase Ortices-Comala, y que, al final de sus ocupaciones en la etapa Armería, el linaje legitimado por el uso de lugares y actividades oferentes, presentaría indicadores de rol o estatus como las sonajas, el colgante, los metates, vasijas y cajetes. La maqueta recreando sus ámbitos particulares y con las figurillas remitiendo al ritual y la delectación por medio de la música, develan a comunidades que compartieron este culto a los muertos, labraron la tierra y aprovecharon los recursos de la región (Olay y Aguilar, 2008: 9). Ya fuese para la habitación o inhumación, la microevolución de estas poblaciones formó parte de la sociedad mesoamericana y desde el aspecto biológico aportó algunos cambios y continuidades en el Valle de Colima.

Bibliografía

- Aguilar Rodríguez, Jaime (2011). *Rescate Arqueológico Peralta, Villa de Álvarez, Colima* (Tesis de Licenciatura en Arqueología). Universidad Veracruzana, Xalapa.
- Almendros López, Laura y González Zozaya, Fernando (2009). "El occidente de México y la reocupación del Valle de Colima". *Boletín Americanista*, 59, pp. 137-154.
- Aufderheide, Arthur C. y Rodríguez-Martín, Conrado (1998). *The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology*. Cambridge: Universidad de Cambridge.
- Barlow, Robert (1995). "Colima de Nueva España en el siglo XVI". En *Fuentes y estudios sobre el México indígena, segunda parte* (pp. 11-14). México: INAH / Universidad de Las Américas.
- Beekman, Christopher S. (1996). "El complejo El Grillo del centro de Jalisco: una revisión de su cronología y significado". En *Las cuencas del Occidente de México (época prehispánica)* (pp. 247-291). México: El Colegio de Michoacán / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Buikstra, Jane Ellen y Ubelaker, Douglas H. (1994). *Standards for data collection from human skeletal remains*. Arkansas: Servicio Arqueológico de Arkansas.
- Capasso, Luigi Kennedy, Kenneth A. R. y Wilczak, Cynthia A. (1999). *Atlas of occupational markers on human remains*. Teramo: Edigrafital.
- Flores Hernández, Bertha Alicia (2016). "El análisis antropofísico de los entierros de El Manchón-La Albarradita. Las poblaciones y su impronta en la ocupación de un espacio". En *El Manchón-La Albarradita, una mirada al desarrollo cultural de los pueblos prehispánicos del Valle de Colima* (pp. 129-212). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Kelly, Isabel (1980). *Ceramic Sequence in Colima: Capacha, an Early Phase*. Tucson: Universidad de Arizona.
- Kimura, Ryosuke et al. (2009). "A common variation in EDAR is a genetic determinant of shovel-shaped incisors". *American Journal of Human Genetics*, 85(14), pp. 528-535.
- Lai, Ping y Lowell, Nancy C. (1992). "Skeletal markers of occupational stress in the fur trade: A case study from a Hudson's Bay company fur trade post". *International Journal of Osteoarchaeology*, 2(3), pp. 221-234.
- Landa, Diego de (2003). *Relación de las cosas de Yucatán*. Madrid: Editorial Dastin.
- Langsjoen, Odin (1998). "Diseases of the dentition". En *The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology* (pp. 393-412). Cambridge: Universidad de Cambridge.
- López, Lorenza y Ramos, Jorge (2002). "La excavación de la tumba de Huitzilapa". En *El antiguo occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido* (pp. 57-73). México: Instituto de Arte de Chicago / Secretaría de Cultura de Colima.
- Meindl, Richard S. y Lovejoy, Owen C. (1985). "Ectocranial suture closure: A revised method for the determination of skeletal age at death based on the Lateral-Anterior sutures". *American Journal of Physical Anthropology*, 68(1), pp. 57-66.

- Merbs, Charles F. y Euler, Robert C. (1985). "Atlanto-occipital fusion and spondilolisthesis in an Anasazi skeleton from Bright Angel ruin, Grand Canyon, National Park, Arizona". *American Journal of Physical Anthropology*, 67(4), pp. 381-391.
- Moreno, Sandra y Moreno, Freddy (2017). "El cíngulo dental". *Revista Odontológica Mexicana*, 21(1), pp. 6-7.
- Olay Barrientos, María Ángeles (2016). "Colima en Mesoamérica y en el Occidente". En *El Manchón-La Albarradita, una mirada al desarrollo cultural de los pueblos prehispánicos del Valle de Colima* (pp. 15-46). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Olay Barrientos, María Ángeles y Aguilar Rodríguez, Jaime (julio de 2008). *Peralta, un depósito mortuario del Preclásico tardío en el Valle de Colima*. Ponencia presentada en el IV Foro de Arqueología, Antropología e Historia de Colima. Secretaría de Cultura y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Padró Irizarry, Virgen Johanna (2002). *La industria del hueso trabajado en Teotihuacán* (Tesis de Doctorado en Antropología). Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Palerm, Angel y Wolf, Eric (1972). "Potencial ecológico y desarrollo cultural en Mesoamérica". En *Agricultura y civilización en Mesoamérica* (pp. 149-200). México: SEP / Editorial Diana.
- Pompa y Padilla, José Antonio (1990). *Antropología dental. Aplicación en poblaciones prehispánicas*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Romano Pacheco, Arturo (1974a). "Sistema de enterramientos". En *Antropología física época prehispánica* (pp. 85-111). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ____ (1974b). "Deformación craneal intencional". En *Antropología física época prehispánica* (pp. 195-227). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Romero, Javier (1952). *Sobre la estatura de la población campesina de México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Rothschild, Bruce M. y Woods, Roberts J. (1991). "Spondyloarthritis: Erosive arthritis in representative defleshed bones". *American Journal of Physical Anthropology*, 85(2), pp. 125-134.
- Salas Cuesta, María Elena (2017). "El hombre prehispánico del occidente de México". En *El Bajío mexicano. Estudios recientes* (pp. 13-36). México: Sociedad Mexicana de Antropología / UNAM.
- Scheuer, Louise y Black, Sue (2000). *Developmental juvenile osteology*. Londres: Prensa Académica.
- Schöndube, Otto (1980). "La etapa prehispánica". En *Historia de Jalisco* (pp. 113-257). México: Gobierno del Estado de Jalisco / INAH.
- Soto, Jorge; Moreno, Sandra y Moreno, Freddy (2010). "Antropología dental y periodoncia: relación entre los rasgos morfológicos dentales y la enfermedad periodontal". En *Acta Odontológica Venezolana*, 48(3), pp. 1-13.
- Stuart-Macadam, Patricia (1991). "Porotic Hyperostosis: Changing Interpretations". En *Human paleopathology. Current synthesis and future options* (pp. 36-59). Washington: Institución Smithsonian.
- West, Robert C. (1964). "Surface configuration and associated geology of Middle America". En *Handbook of Middle American Indians* (vol. 1) (pp. 33-83). Austin: Universidad de Texas.